



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia

ISSN: 0120-2510

bolant@antares.udea.edu.co

Universidad de Antioquia
Colombia

D'Avella, Nicholas J.

Pesos, dólares y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 27, núm. 44, 2012, pp. 127-143

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55726909007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Pesos, dólares y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina

Nicholas J. D'Avella

Ph.D. Postdoctoral Fellow

Center for Science, Technology, Medicine, and Society

University of California, Berkeley

Dirección electrónica: ndavella@berkeley.edu

D'Avella, Nicholas J. (2012). "Pesos, dólares, y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina". En *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27 N.º 44 pp. 127-143.

Texto recibido: 28/07/2012; aprobación final: 20/11/2012.

Resumen. Este artículo considera la espacialidad de las distintas prácticas inversionistas de pequeños ahorristas en Buenos Aires, después de la crisis argentina de 2001. El artículo se centra en la inversión inmobiliaria, comparándola con otros dos medios para el ahorro: la moneda argentina y el dólar. De acuerdo con el argumento presentado aquí, la distinción entre estos tipos de inversión no se obtiene bajo los regímenes que oponen lo global a lo local, o lo concreto a lo efímero. En lugar de ello, el autor propone un análisis que se aproxima a cada tipo de inversión a través de una serie de relaciones que trascienden el espacio cartesiano.

Palabras clave: espacio, inversión, materialidad, globalización, dinero.

Pesos, Dollars, Bricks: The Spatialities of Savings in Argentina

Abstract. This article considers the spatiality of distinct investment practices engaged in by small-scale, middle class investors in Buenos Aires after the Argentine economic crisis of 2001. The article focuses on real estate investment, situating it alongside two other forms of savings: Argentine currency and dollars. According to the argument presented here, the difference between these forms of investment cannot be understood by contrasting the local to the global, the concrete to the abstract. Rather, the author proposes an analysis that understands each form of investment through a series of relations that transcend Cartesian space.

Keywords: space, investment, materiality, globalization, money.

Introducción

“¿Qué hago con mis ahorros? Compró dólares, compró dólares, compró dólares”, me dijo Adrián en una conversación que tuvimos en 2009. Adrián era un organizador de fiestas y DJ en Buenos Aires, cuyo negocio había mejorado considerablemente en los años posteriores a la crisis política y económica de la Argentina de 2001. A raíz del éxito de su negocio en los últimos años, en 2009 Adrián formaba parte de un creciente número de pequeños ahorristas en Argentina que, en el contexto de la recuperación económica del país, tenía que encontrar la mejor manera de guardar sus ahorros. Demostrando una sensibilidad compartida con muchos de los otros pequeños ahorristas con los cuales hablé durante mi trabajo de campo, Adrián me dijo que guardar sus ahorros en un banco no era una opción que consideraba viable: “Les tengo muchísimo miedo a los bancos”, Adrián continúa. “Conozco a un montón de gente que perdió mucho dinero [durante la crisis de 2001]. ¿Dónde guardo el dinero? En mi casa. Le digo a mi esposa, «Flor, hay 2.000 dólares acá, no olvides». O lo presto a mi hermano, o a mis amigos si lo necesitan, porque obviamente no me gusta mucho la idea de tener demasiado dinero en casa”.

En aquel momento, Adrián estaba pensando en comprar un departamento, una opción de inversión que se había vuelto cada vez más popular entre los pequeños ahorristas en los años posteriores a la crisis. En efecto, para 2004 el sector de la construcción se encontraba en medio de un *boom* de gran escala que ha continuado hasta el presente solo con interrupciones limitadas. La mayoría de los analistas del mercado inmobiliario en Buenos Aires estaban de acuerdo en que los pequeños ahorristas como Adrián (con sus preocupaciones por la seguridad de guardar su dinero en los bancos) habían sido el principal motor del *boom*.

Este movimiento de dinero, de los bancos a los ladrillos, ha cambiado el entorno construido en muchos barrios de Buenos Aires, donde casas de uno o dos pisos fueron reemplazadas por edificios de diez pisos. En 2006, Buenos Aires tenía 30% menos casas de las que tenía diez años atrás. La mayor parte de la construcción realizada en ese período se concentró, a partir de 2001, en barrios con baja densidad construida, como Caballito, Palermo y Villa Urquiza. El *boom* produjo cambios importantes en la vida cotidiana de estos barrios, tanto así que se formaron movimientos vecinales en varios barrios de la ciudad en un esfuerzo por detener la ola de las construcciones. El régimen actual a través del cual se rige la construcción en la ciudad, era para muchos de estos grupos de vecinos demasiado permisivo. Para ellos, esto demostró que el gobierno local prefirió tratar a la ciudad como un espacio de especulación inmobiliaria a costa de la calidad de vida de sus habitantes.

En este trabajo argumento que una historia espacializada del dinero puede servir como forma etnográfica de acercarse tanto a las transformaciones espaciales contemporáneas en el entorno construido de Buenos Aires, como a la política contemporánea de ahorro e inversión de los pequeños ahorristas. Para entender los cambios contempo-

ráneos en el espacio de la ciudad, se debe tomar en cuenta el lugar de los edificios en las culturas contemporáneas financieras argentinas.¹ Al conectar los flujos de capital con el entorno construido, este estudio sigue la línea de los trabajos de varios geógrafos, sociólogos, y filósofos que han analizado los medios a través de los cuales el espacio se transforma mediante el movimiento de capital y de distintos regímenes de acumulación (Harvey, 1990 y 2003; Lefebvre, 1991 y Sassen, 2001).

Pero, al mismo tiempo, el espacio no se transforma solamente a través de un cambio en el movimiento de dinero en Argentina. El dinero en sí mismo está siendo influido por los espacios en que se mueve. La relación entre el espacio y la inversión es una parte fundamental en las consideraciones de los pequeños ahorristas al momento de tomar decisiones acerca de cómo invertir sus ahorros. Las formas de ahorro se distinguen por las diferentes capacidades que tienen para el movimiento. Los bienes raíces ofrecen a los pequeños ahorristas argentinos una forma de inversión con la capacidad de permanecer estático en el espacio, una espacialidad muy distinta de los otros tipos de ahorro que se mueven por el espacio con más facilidad. Pensar en el ahorro en estos términos espaciales es un aspecto fundamental en la toma de decisiones de los pequeños ahorristas argentinos. En este sentido, la manera en que los argentinos teorizan sus diferentes opciones de inversión, tiene mucho que decirnos acerca de la relación entre el dinero, el espacio y el movimiento.

En este artículo analizo las espacialidades y los movimientos que son posibles según las diferentes formas de ahorro involucradas en la toma de decisiones inversionistas en Argentina, luego de la crisis de 2001. Comienzo por deslocalizar las monedas nacionales argentinas, lo que demuestra cómo las relaciones que constituyen estas monedas se extienden espacialmente más allá de las fronteras del Estado-nación. A continuación, localizo el dólar estadounidense en las prácticas de ahorro de los argentinos, demostrando cómo éste fue insertado en dichas prácticas locales de maneras particulares. Por último, examino el mercado inmobiliario, al cual los argentinos se refieren en un sentido más material como: ladrillos. Hablar de ladrillos es una forma de referirse a los espacios particulares y a los movimientos dentro de los cuales estos objetos circulan. Debido a esta espacialidad, los ladrillos se convirtieron en una forma privilegiada de inversión durante los últimos años. En su conjunto, este artículo pone en relieve la relación entre el dinero, el espacio y el movimiento en las prácticas contemporáneas argentinas de inversión.²

1 Este artículo es un producto de mi tesis doctoral en antropología de la Universidad de California, Davis. Becas de investigación de La Fulbright Foundation, la Wenner-Gren Foundation, y la National Science Foundation (de los Estados Unidos) hicieron posible el trabajo de campo en Buenos Aires entre 2008 y 2010. Becas del American Council of Learned Societies/Andrew W. Mellon Foundation y la University of California Davis dieron apoyo en la fase de escritura.

2 Una reflexión conexa de mi autoría acerca de la performatividad de los ahorristas argentinos se puede encontrar en: <http://estudiosdelaeconomia.wordpress.com/2012/08/27/cada-argentino->

Parte 1: Deslocalizando la moneda argentina

La inflación y el ahorro en la moneda argentina

La moneda nacional argentina tiene una larga historia de inestabilidad. En particular, las épocas inflacionarias e intentos por resolver los problemas de inflación han sido una característica recurrente en la vida argentina desde finales de los años cuarenta. De acuerdo con un análisis periodístico reciente sobre la inflación y las prácticas de ahorro, si una persona se hubiera ido a dormir en el año 1975 con mil dólares en moneda local debajo de su colchón, despertaría en 2009, luego de una serie de hiperinflaciones y devaluaciones, con la amarga noticia de que sus ahorros solo valen \$0,0000027 dólares (Guariano, 2009). A la par, con esta historia de inflación, se crearon medidas destinadas a controlarla, entre las cuales se incluyen las devaluaciones bruscas y graves (por ejemplo, el Rodrigazo en 1975), así como las devaluaciones programadas y destinadas a atacar los factores psicológicos subyacentes de la inflación (por ejemplo, la tablita en 1979).

Momentos de alta inflación, como la época vivida a finales de los 80 y conocida como la *híper* (abreviación de hiperinflación), impactaron la vida cotidiana argentina y ayudaron a cambiar la relación entre las personas y su dinero a niveles muy profundos. En sus peores momentos, los precios subieron considerablemente, incluso de hora en hora. Osvaldo Soriano, en su conocido ensayo “Vivir con la inflación” comenta: “mientras escribo este artículo, los cigarrillos que consumo frente a la máquina, pasaron sucesivamente de 11, a 13 y luego a 14 australes” (Soriano, 1989: 42). La gente desarrollaba diversas prácticas cotidianas para hacer que sus sueldos en rápida devaluación alcanzaran para cubrir sus necesidades básicas. Por ejemplo, en una conversación con Sabrina, ella recordó que hurgaba por los estantes de las tiendas en busca de precios que aún no hubieran sido cambiados. Sabrina también recuerda sus esfuerzos tácticos dirigidos a evadir al empleado de la tienda, quien se ubicaba cerca de la caja registradora para subir los precios de los productos que estaban en los carritos del mercado, justo antes de que estos fueran pagados. Soriano recuerda haber pedido la cuenta a un camarero, quien levantando las manos en señal de desconcierto le dijo: ¡Dame diez mil y mañana arreglamos!

A pesar de la naturaleza cotidiana de tales prácticas, había un palpable surrealismo que marcaba la vida durante los tiempos de alta inflación: tales prácticas eran cotidianas, pero no normales. Este sentido de surrealismo también emerge de las consideraciones populares sobre la historia a largo plazo de la moneda nacional argentina. Junto a la inflación, y vinculado con los intentos por detenerla, se

implementaron una serie de cambios en la moneda nacional. Un monólogo muy conocido de la década de los 90, del humorista Tato Bores, dramatizó los cambios en la moneda argentina al utilizar una matemática extraña y de otro mundo, la cual caracterizaba la moneda en la experiencia popular (Bores, 1990). Rebuscando entre billetes de la amplia colección de las monedas de los veinte años anteriores, Bores hace algunos cálculos:

¿Quiere que le diga una cosa? Mire, este [sic] peso moneda nacional, le arrancaron dos ceros por este otro peso, peso Ley 18.188. A este le arrancaron cuatro ceros por este otro peso argentino, y como si esto fuera poco le sacaron tres ceros más por este peso [...] por este austral. O sea que le extirparon nueve ceros a este pesito de acá adelante. [Empieza a sonreír mientras continúa, ahora despacio:] Esto quiere decir que este austral equivale a mil millones de pesos moneda nacional. Y como en aquel entonces se compraba con \$83 pesos moneda nacional un dólar, este austral equivale a: ¡12 millones de dólares!

El público lanza exclamaciones de asombro mientras Tato, el mago de la lógica, sonríe de oreja a oreja y con orgullo por su descubrimiento. Tato concluye su monólogo diciendo: “Lo cual parece un chiste, si no fuera una joda grande como una casa!”. El público estalla en risas y aplausos cuando la ficción racional de Bores (mal)interpreta la devaluación de la moneda y se estrella con la realidad surreal de las transformaciones macroeconómicas. Pareciera decir que ni siquiera las reglas básicas de matemáticas son de utilidad en Argentina.

La moneda argentina más allá de la frontera

Los argentinos no vivieron estos cambios de forma pasiva sino todo lo contrario. En particular, para poder enfrentar la inestabilidad de las monedas nacionales, ellos desarrollaron vínculos complejos con otras monedas o dispositivos financieros, navegando por una riqueza de interrelaciones entre diversas formas monetarias. Al contrario de las explicaciones clásicas de la moneda moderna, los argentinos no han vivido en un mundo dominado por una divisa de cambio única y universal en la que todas las cosas se vuelven equivalentes en una escala de valores. Complejos cálculos que mezclaron monedas, bonos e índices de precios internacionales se convirtieron en parte integral de la vida en Argentina (cf. Pedersen, 2002 y Lemon, 1998). A continuación Soriano explica la relación con *la híper*:

Nadie pacta el precio de un contrato de servicios en australes, sino en dólares. Como la ley obliga a usar la moneda argentina, al menos en las apariencias, cualquier convenio a cumplirse [sic] dentro de seis meses incluirá una cláusula que diga, por ejemplo: “se pagará la suma en australes equivalente a ‘x’ dólares en valor Bonex (nombre de un título público pagadero en moneda estadounidense) según la cotización del día en la República Oriental de Uruguay” (Soriano, 1989: 42).

Australes, dólares, bonos Bonex, Uruguay: la moneda argentina era un signifi-
ficante que flotaba particularmente alto y la gente intentó estabilizarla mediante el
establecimiento de relaciones con otras escalas de valor (véanse Maurer, 2005 y Gu-
yer, 2004). Lo hicieron no solo a través de las complejidades contractuales descritas
por Soriano, sino también de forma menos elaborada, mediante la conversión de su
dinero a una moneda más estable: la gente compró dólares que cambió de nuevo a
pesos cuando era necesario. Esta práctica se instaló firmemente en los repertorios
económicos de las clases medias argentinas.

En 1991, el Estado argentino implementó una medida drástica orientada a estabi-
lizar el escurridizo valor de la moneda argentina y eliminar la hiperinflación: la paridad
entre la divisa nacional y el dólar estadounidense. De esta forma, el Estado llevó a
cabo, a nivel macroeconómico, el tipo de maniobras de escala que los argentinos habían
venido implementando en sus vidas cotidianas al cambiar pesos a dólares.³ Esta época
es conocida como la convertibilidad, o uno a uno (un peso es equivalente a un dólar).

La convertibilidad definía una relación íntimamente vinculada entre la moneda
argentina y una moneda extranjera (en este caso el dólar), al igual que otros intentos
por combatir la inflación.⁴ En uno de los intentos previos conocido como la tablita
(1979), el Estado realizó una devaluación programada orientada a regular los cambios
de valor del peso en relación con el dólar. En efecto, la tablita era un calendario que
definía con anticipación el precio del dólar. La tablita dio lugar a relaciones inesperadas
con monedas extranjeras. Una de ellas, conocida como la bicicleta financiera, consistía

3 Drásticas porque dichas medidas quitan herramientas importantes a disposición del Estado en
materia de política macroeconómica. Las devaluaciones son útiles, por ejemplo, para revitalizar
la industria haciendo la producción industrial nacional más competitiva a nivel mundial. Los
eventos actuales en Europa, especialmente con respecto a Grecia, ilustran los desafíos de las
monedas inflexibles. La convertibilidad instituyó tal tipo de rigidez que efectivamente limitó
la capacidad del Estado para imprimir dinero, lo que hizo de los prestamistas internacionales el
único medio a través del cual se podía financiar los servicios del Estado en una recesión. El FMI
otorgó préstamos, pero solo a cambio de una política de ajuste que reducía aún más los servicios
estatales, provocando aún más contracción económica. La convertibilidad, en este sentido, era
una parte vital del motor hacia la implementación de políticas neoliberales en la Argentina. Véase
Marshall (2008) para un análisis detallado del papel de la convertibilidad en la consolidación de
la influencia de los bancos internacionales y organizaciones de crédito en la Argentina.

4 La moneda argentina y su valor fueron atados con procesos económicos más amplios. Sobre
todo a partir de la década de los 70, la moneda argentina y los problemas de su valor deben ser
entendidos en relación con la aparición de las políticas económicas neoliberales cuyos principales
campos de prueba incluyeron a Argentina, Chile y Brasil bajo la influencia de los Chicago Boys,
los economistas formados en la Universidad de Chicago. Las ramificaciones de estas políticas se
extienden a las crisis de la deuda del Tercer Mundo de los años 80 y dan paso al importante papel
desempeñado por el FMI en la promoción del ajuste estructural a lo largo de la década de los 90
en Argentina (Harvey, 2005; Roddick, 1988; Branford y Kucinski, 1988 y Friedman, 2010).

en obtener préstamos en dólares en el exterior, invertir el dinero en certificados de depósitos argentinos (que pagaban altas tasas de interés para mantenerse al ritmo con la inflación), cobrar los certificados de depósito a su vencimiento, pagar los préstamos en el exterior, y obtener una ganancia que podía llegar hasta el 20% de la inversión. La convergencia de la predictibilidad de los precios a futuro del dólar permitida por la tablita y de una liberalización financiera que facilitó la entrada y salida de dinero del país, hizo que tales ganancias fueran casi garantizadas. Nuevamente, tanto La Tablita como la bicicleta financiera (junto con prácticas más humildes como la compra de dólares) demuestran la interrelación entre diversas monedas que constituyen las prácticas de inversión argentinas.

La convertibilidad logró sus objetivos con mayor eficacia que la tablita. Los precios se estabilizaron rápidamente, y los argentinos que lograron conservar sus empleos en esta era de reformas neoliberales (caracterizada por una tasa de cambio y políticas comerciales altamente desfavorables para la industria nacional) disfrutaron de una década con estabilidad monetaria. Junto con la estabilidad de los precios, los argentinos también se fueron integrando cada vez más al sector bancario, a través de cuentas y plazos fijos en dólares, y préstamos estimulados por las tasas de interés estables. El rico campo monetario de *la hiper* se transformó en un campo a la vez menos diverso y menos institucionalizado dado su fuerte vínculo con el dólar.

Sin embargo, a mediados de la década de 1990 empezaba a hacerse obvio que esa estabilidad se compraba a un costo social considerable. La convertibilidad significaba que Argentina no tenía control sobre su política monetaria, y solo podría cubrir los gastos fiscales mediante la adopción de los préstamos del Fondo Monetario Internacional —FMI— y otros acreedores extranjeros (en lugar de hacerlo mediante la ampliación de la base monetaria o el aumento de la competitividad en el comercio exterior a través de una devaluación). Mientras tanto, las políticas de ajuste exigidas por los prestamistas internacionales, a cambio de los préstamos que hicieron posible la convertibilidad, empezaron a afectar la economía local de forma negativa. A finales de la década de 1990 se hizo cada vez más difícil para el gobierno obtener reservas suficientes de divisas para satisfacer tanto sus obligaciones de pago con los prestamistas extranjeros como sus obligaciones de conversión con los ahorristas locales. Los economistas neoliberales (tanto en el contexto local como en el extranjero) propusieron nuevos recortes y más privatizaciones, pero estos se habían vuelto políticamente insostenibles con una gran parte de la población desempleada y los servicios del Estado cada vez más reducidos. A medida que el FMI comenzó a poner trabas a nuevos préstamos, nuevas monedas empezaron a florecer cuando las provincias y el gobierno federal emitieron cuasimonedas, bonos oficiales en forma de billetes, cuyo valor era supuestamente igual al valor del peso/dólar: Patacones en Buenos Aires, Lecors en Córdoba, Quebrachos en el Chaco, Huarpes en San Juan, y el Lecop del propio

gobierno nacional. Aunque ninguno de ellos duraría por mucho tiempo ni tendría una circulación muy amplia, una diversidad de formas monetarias se estaba instalando en una economía que en los diez años anteriores había sido dominada por la equivalencia peso-dólar.

Las asimetrías circulatorias y la materialidad del ahorro: lecciones de la crisis de 2001

En noviembre de 2001 Mariela llamó a un amigo suyo, agarró una maleta y se dirigió hacia el banco. No existieron anuncios oficiales que indicasen el alcance de la catástrofe que la economía argentina estaba a punto de sufrir, pero Mariela tenía el presentimiento de que algo grande estaba por pasar, y decidió sacar todo su dinero del banco. Pero lograr hacerlo no iba a ser fácil:

Me dijeron: “Llene este formulario, y en 72 horas le damos su plata”. Llené el formulario y a las 72 horas regresé y me dijeron que tendría que esperar otro día más. Al siguiente la respuesta fue: “Su dinero no está”. Yo en plena sucursal empecé a dar gritos y dije: “Esto es una estafa, yo de acá me voy a la Liga del Consumidor, me voy a la Defensoría del Pueblo, ¡a mí me devuelven mi dinero!”. El gerente me dice, “Mire, señora, aquí no tenemos ese dinero [unos \$80,000 dólares]. La única forma de obtenerlo es llevarse un poco de esta sucursal y el resto de la casa central” (comunicación personal).

Pero Mariela ya estaba harta de perseguir su dinero: “Yo dije: «de ninguna manera, yo la plata la puse acá, y ustedes me la dan mañana acá». Y al día siguiente volví nuevamente al banco con un amigo y la valijita. Me hicieron pasar a una habitación reservada y la contadora del banco me tiraba sobre la mesa desdeñosamente el dinero”.

Diez días después tuvo lugar el evento que desencadenó el colapso económico de 2001 y que afectó a muchos argentinos de clase media: el “corralito”. Se trataba de un límite estricto para los retiros bancarios puesto en marcha por el gobierno para evitar un pánico bancario. Ya desde marzo de 2001, cuando la gente empezaba a dudar de la solvencia del Estado argentino, grandes cantidades de capital habían comenzado a fugarse del país. Diez años de adhesión a la ortodoxia neoliberal no habían producido los beneficios prometidos, y mientras los ricos trasladaron su dinero al extranjero, los fondos buitres de *Wall Street* comenzaron a especular contra la deuda argentina. Las grandes empresas y la clase alta eran los más eficaces para sacar su plata a través del sistema bancario, a través de lo que una comisión del Congreso llamó: una autopista de dinero, que conducía hacia afuera de la Argentina (Comisión Especial de la Cámara de Diputados 2001, 2005). Un último paquete de rescate del FMI en junio postergó la llegada de la crisis, pero a finales del año el incumplimiento se consideró inminente y el FMI se negó a dar más préstamos (Blustein, 2005).

Parte 2: Localizando dólares en la Argentina

En la sección anterior demostré que, de manera algo paradójica, la moneda local argentina está íntimamente ligada a otras monedas que se extienden espacialmente más allá de las fronteras del país. En este sentido, aunque el peso no circula tan ampliamente en el extranjero, esto no lo hace más arraigado ni local que otras monedas (por ejemplo, el dólar). En esta sección, me propongo adoptar un enfoque inverso con respecto al dólar de los EE. UU.: quiero mostrar la forma en que este se constituye dentro de las prácticas de los ahorristas argentinos. Lo que esto significa es que el dólar, a medida que se mueve a través del espacio, se ve afectado por dicho movimiento y por los lugares con los cuales entra en contacto. Así pues, el dólar se inserta en medio de un conjunto de relaciones con otras opciones financieras en Argentina, y su propia especificidad se articula con otras formas de ahorro (por ejemplo, depósitos bancarios, plazos fijos e inmuebles) para crear nuevas relaciones y posibilidades de inversión. Ninguna de las dos monedas es global o local, sino que ambas se constituyen por medio de una red de relaciones en la que están involucradas en la práctica.

Mientras que los ricos trasladaron su dinero hacia el extranjero, la prohibición de retiro de fondos de los bancos (el “corralito”) hizo imposible el acceso a las cuentas donde muchos argentinos habían depositado sus ahorros durante la década anterior. La gente solo podía retirar \$250 pesos/dólares por semana, y la casi imposibilidad de alimentar a una familia con ese presupuesto dió lugar a la proliferación de los mercados de trueque en muchos barrios de Buenos Aires. Entretanto, el resto del dinero permanecía en el banco. Lo que era imposible de saber era por cuánto tiempo duraría esta situación. La derrota del régimen de convertibilidad en ese momento era una amenaza muy real, a pesar de las promesas gubernamentales de que esto no iba a pasar. Las dos monedas habían compartido un largo camino juntas, pero la mayoría de argentinos sospecharon que ese viaje estaba llegando a su fin. Durante este tiempo la gente no tuvo acceso a su dinero debido a que sus ahorros de toda la vida estuvieron en juego.

En contraste, las personas que habían mantenido sus ahorros en efectivo se encontraron en una posición ventajosa. La diferencia entre tener dinero en el banco y tener dinero en efectivo —estas dos manifestaciones distintas de lo que supuestamente era el mismo sistema de valores subyacente— se hizo palpable. Las dos formas de ahorro quedaron divididas por una marcada asimetría circulatoria: la gente podía moverse y cambiar su dinero en efectivo, pero sus depósitos bancarios permanecían atrapados en el “corralito”.

El “corralito” llevó a numerosas personas de clase media argentina a las calles. Allí se unieron con los piqueteros, grupos de desempleados que habían estado bloqueando las autopistas desde el año 1997 para manifestarse en contra de las medidas de ajuste. El levantamiento popular de aquel diciembre estuvo dirigido,

no solo contra el gobierno, sino también contra los bancos. En el documental *La Toma* (2004), se ven hombres y mujeres vestidos con ropa de oficina golpeando las pantallas de los cajeros automáticos hasta destrozarlos, y pateando las paredes de cristal de los bancos mientras los trabajadores bancarios miran asustados desde los pisos superiores (véase también Solanas, 2004 y Chronopoulos, 2011).

El 20 de diciembre cayó la primera víctima política importante de las manifestaciones. El presidente huyó de la Casa Rosada en un helicóptero, mientras las multitudes enfurecidas mantenían vigilancia en las afueras. Comenzó una sucesión de líderes interinos que se le compara con la sucesión de monedas durante los últimos cuarenta años en Argentina. A finales de diciembre se anunció que el país iba a entrar en incumplimiento de la deuda con el FMI y otros acreedores, el mayor *default* de la deuda soberana en la historia del mundo. Varios días después, se anunció que todos los depósitos bancarios se convertirían a pesos, siendo luego desvinculados del dólar y devaluados.

Al salir de la crisis, había quedado claro que la diversidad de formas monetarias en Argentina se caracterizó por conjuntos de asimetrías no solo con respecto a la estabilidad de su valor (dólares contra pesos), sino también con respecto a sus capacidades para circular o permanecer en el país (los ahorros bancarios contra los que estaban en efectivo). La diferencia entre dólares y pesos fue importante con respecto a la estabilidad del valor, pero las diferencias más sutiles, como entre lo digital y lo impreso —los depósitos bancarios y el efectivo— también habían sido puestas en relieve. Mientras que los ahorristas continuaban su lucha por recobrar sus depósitos en las cortes argentinas, las manifestaciones contra los bancos continuaron hasta mucho después de que la situación política se normalizara. Afuera de los bancos colgaban carteles que decían: “Bancos = estafadores, ladrones”, “Bancos, chorros, devuelvan los ahorros”, y “¡Nunca más bancos!”.

Los años posteriores a la crisis se caracterizaron por un resurgimiento de una forma de ahorro divorciado del sector bancario y de sus flujos globales impredecibles, conocido como colchonismo: la gente guarda el dinero debajo del colchón. Se dice que los colchones son verdes en Argentina, lo que significa que la gente ahorra en dólares. Nadie sabe cuánto dinero o cuántas personas guardan su dinero enterrado en el jardín, escondido en su casa detrás de paredes falsas, o en su congelador o caja de seguridad, aunque los analistas argentinos estiman que son \$145 millones de dólares en efectivo para 2011, aproximadamente el 35% del PIB (Sticco, 2011). Si el dinero que no circula es capital muerto, Argentina es un cementerio económico.

Recordemos a Adrián, el planificador de entretenimiento con el que abrí este artículo: “¿Qué hago con mis ahorros? Compró dólares, compró dólares, compró dólares”. Adrián me había dicho: “Tengo una cuenta corriente, pongo el dinero que necesito para cubrir los gastos allí. Pero el resto me lo guardo en dólares”. Adrián no está solo. Martín y Mariela me dijeron que compran una mezcla de dólares, oro y euros, que guardan en sus cajas de seguridad. Sabrina compra dólares y los guarda

en una caja de zapatos escondida detrás de un panel del techo de su departamento. El padre de Nadia compra una mezcla de dólares y euros, y los entierra en su patio trasero. “Ahorrar en el largo plazo en los bancos argentinos es impensable”, me dijo Daniel, un experto en inversiones inmobiliarias. “El hecho es que el argentino promedio con capacidad de ahorro hoy en día no cree en cualquier vehículo de inversión vinculado a las finanzas, ya sea argentino o extranjero”.

El colchonismo no surgió solamente como el resultado de la devaluación de 2001. De hecho, este “siempre” ha existido, tal y como se diría popularmente en Argentina. Sin embargo, 2001 sí marcó un cambio con respecto a la bancarización de la década de los 90, cuando los argentinos se volcaron al sector bancario en grandes cantidades. El colchonismo, entonces, produjo un renacimiento de las prácticas de ahorro más antiguas que habían quedado prácticamente inactivas durante la década bancarizada de 1990. Diego, el gerente de un pequeño negocio familiar de productos de carne, me explicó el contraste entre la década de los 90 y el momento posterior a la crisis con respecto al ahorro bancario:

Hay historias como la nuestra que la mitad de la Argentina podría contarte. Antes de 2001, había una tranquilidad en los bancos. Era realmente así, fueron diez años que la gente tomó confianza y ponía dinero en los bancos. Cuando los bancos estaban que explotaban de dinero, y la Argentina tenía una economía muy parada, robaron todo el dinero de los bancos. Y el dinero que le devolvieron a la gente fue una cuarta parte de lo que tenía. La mayoría de la gente solo pudo obtener una cuarta parte de su dinero. Tres cuartas partes, ¿sabés quién las tiene? Yo tampoco, pero eso es lo que pasó. El gobierno dice: fueron ellos. Los otros dicen: fueron aquellos. Pero lo que sabemos todos los argentinos es que las tres cuartas partes de lo que teníamos desaparecieron. Y yo tengo la experiencia de eso guardada aquí, dentro de mí (comunicación personal).

Las historias contadas por los argentinos hoy en día acerca de la crisis giran en torno a la dinámica de esta economía monetaria en la que las asimetrías de circulación, entre el ahorro en los bancos y en el colchón, fueron llevados a proporciones épicas, y la dinámica entre el dólar y el peso perdió abruptamente su sincronía. Las historias oscilan entre los escapes de aquellos que fueron lo suficientemente sabios para desconfiar de los bancos, y los trágicos movimientos entre diferentes medios de ahorro que salieron horriblemente mal librados. Cuando Mariela (con cuya historia comencé esta sección) se llevó su dinero del banco, puso sus dólares en efectivo en una caja de seguridad. De este modo, su historia se convirtió en una de tantas que yo escuché sobre gente que hizo ganancias fabulosas a través de su desconfianza con los bancos, ya que después de la crisis los dólares adquirieron un poder de compra aún más fuerte en la economía local.

Sin embargo, hubo otros que no tuvieron tanta suerte. La madre de Fabián había tenido su pensión invertida en un plazo fijo que quedó atrapada en el “corralito”. Después de la devaluación sacó su dinero tan pronto como pudo e inmediatamente

compró dólares. Sin embargo lo hizo justo en el momento equivocado, cuando la tasa de cambio era de AR \$4,20 por cada dólar. De esta manera, primero su pensión pasó de estar en dólares a estar en pesos devaluados, y luego perdió otra vez por apresurarse a comprar dólares cuando estaban sobrevaluados. La sincronización entre su salto de la balanza digital en su plazo fijo al efectivo y luego otra vez del peso hacia el dólar la afectó negativamente. Pero, ¿cómo podría haber sabido que se venía el “corralito”? ¿O que el dólar más adelante iba a establecerse en AR \$3 y no en los AR \$4,20 en los que ella lo había comprado? ¿O que el dólar no subiría a cinco, o incluso a siete pesos, como muchos analistas habían pronosticado?

La crisis, entonces, fue una postura que llevó al extremo este contraste en términos de materialidad entre los números de las cuentas bancarias y los billetes en la mano; y también permitió el resurgimiento de un contraste entre dólares y pesos que había sido menos marcado durante los diez años de la convertibilidad. El colchonismo, el ahorro en dinero en efectivo, fue uno de los resultados de ese contraste en materialidades cuando se manifestó en las prácticas de los ahorristas. Los dólares, mantenidos en efectivo debajo del colchón, se convirtieron en una forma privilegiada de ahorrar que compensaba a la par la inestabilidad del peso y la falta de fe en los bancos. Sin embargo, de frente a la crisis y ante la desintegración tanto de la relación entre dólares y pesos, como de la relación entre cuentas bancarias y el dinero en efectivo, surgió otro competidor importante en la economía pos-2002: el sector inmobiliario, que se convirtió en un vehículo de inversión que pudo competir con el dólar guardado bajo el colchón. De esta manera, el dinero se encontró una nueva vida en el sector inmobiliario, al que los argentinos se refieren en su plena materialidad como ladrillos, y que logró además transformar la ciudad de Buenos Aires. El ladrillo llegó a representar todo lo que el dinero en el banco no representaba: la estabilidad y la seguridad a través de su materialidad concreta.

Parte 3: De los bancos hacia los ladrillos

Los precios inmobiliarios, como todo lo demás, descendieron de forma pronunciada en el año 2002. Sin embargo, para el año 2004, el sector de la construcción ya se había recuperado y establecido en un auge que se inició ese año y continuó hasta el presente, con solo algunos momentos de estancamiento. Este auge incluso soportó la crisis financiera mundial que se inició en el año 2007 en razón de la crisis hipotecaria subprime en EE. UU.

Analistas ubican el origen del *boom* en el lugar privilegiado que tienen los inmuebles en las teorías populares de ahorro e inversión. A raíz de la crisis, el financiamiento hipotecario se secó y todas las compras de viviendas fueron, por lo general, llevadas a cabo en efectivo. La falta de financiación bancaria tuvo un fuerte impacto en el sector de la construcción, puesto que ya no podían financiar proyectos a través de préstamos bancarios. Desarrolladores de tamaño medio que dependían de

esos préstamos casi desaparecieron, y en su lugar florecieron pequeños estudios de arquitectura que se hicieron cargo de reunir los pequeños inversores y de construir edificios bajo un modelo de inversión en el que vendían departamentos no construidos y usaban los anticipos para financiar la construcción. De esta manera, la desaparición de la financiación bancaria que podría haber significado la destrucción de una industria se convirtió, en cambio, en uno de sus atractivos principales: a diferencia de sus homólogos estadounidenses y europeos que se han integrado en el sistema financiero mundial a través de *mortgage-backed securities* (títulos de deuda respaldados por hipotecas) y *CDO* (obligaciones de deuda colateralizada), los ladrillos en Argentina eran desligados de los bancos, que era exactamente lo que los pequeños ahorristas buscaban. Es así como el dinero que había salido de los bancos argentinos comenzó a hacer su camino hacia los ladrillos después de la crisis.

Al igual que con el colchonismo, mucha gente ha descrito el ahorro a través de la compra de ladrillos como un imperativo cultural que cuenta con imprecisos antecedentes históricos arraigados profundamente en las costumbres argentinas y que han estado presentes desde mucho antes de 2001: “Es algo que nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos siempre nos han dicho que se debe hacer”, iniciaba un segmento de noticias de televisión sobre la inversión inmobiliaria. Las teorías populares de inversión que entienden a los ladrillos como reservas seguras de valor fueron explotadas y reforzadas por los desarrolladores inmobiliarios en los años posteriores a la crisis. En una visita a Rosario, la tercera ciudad más importante de la Argentina, vi edificios en construcción en los que carteles enormes evocaban el lugar privilegiado de los ladrillos en las teorías populares de inversión: “Ladrillos: Refugio Seguro”. En la página web, cuya dirección estaba en los carteles, había un dibujo animado. La imagen era de tres chanchitos acurrucados cómodamente alrededor de una chimenea en una casa de ladrillo. Llevaba la siguiente leyenda: “Mientras la crisis sopla afuera, nuestra inversión en ladrillos es un refugio seguro”. Variadas representaciones de este tema son comunes en la fraseología asociada con los bienes raíces en la Argentina actual, y están destinados a ampliar la distinción entre los bancos y los ladrillos: “el ladrillo nunca traiciona”, “el que apuesta a ladrillos no pierde” y “el ladrillo no defrauda”.

En parte, se podría afirmar que los ladrillos han ocupado un lugar especial en la economía monetaria argentina desde finales de los 70 durante la última dictadura militar bajo la administración del ministro de la Economía Martínez de Hoz. En ese momento, y ante la inestabilidad económica provocada por la liberación de la economía, el precio de los inmuebles comenzó a ser denominado en dólares, sobre todo en las grandes ciudades como Buenos Aires. A diferencia de otras economías en las que los dólares reemplazan a las monedas nacionales, o circulan junto a ellas para fines cotidianos, en Argentina los dólares no se utilizan para las transacciones diarias. Aparte de viajes al exterior, estos se usan exclusivamente para los ahorros y para comprar inmuebles. Esta relación especial entre el dólar y los ladrillos sirve

para proteger a los inmuebles de las fluctuaciones en el valor de la moneda nacional: mientras que la exposición a los giros económicos nacionales no pueda ser mitigada totalmente (ya que los ingresos todavía tienen una relación con la cantidad de dólares que la gente puede obtener), otorga al mercado inmobiliario un cierto grado de estabilidad en los precios. Igualmente importante, el vínculo entre los ladrillos y los dólares también garantiza un lugar especial en las prácticas de ahorro de la gente. El movimiento del dólar al ladrillo se convierte en una forma fácilmente identificable de conversión de un medio de ahorro hacia el otro, y se entiende que los ladrillos mantienen su valor de una manera que está relacionada con el valor del dólar y no con el peso. Esta relación entre ladrillos y dólares se realiza de una forma llamativa en los casos de compra de propiedades. Cuando Sergio se compró su departamento, él y sus hermanos fueron a su banco, sacaron los \$90.000 dólares en efectivo de su caja de seguridad, los ataron a sus cuerpos, y tomaron el Subte hacia el banco del vendedor. Allí todos se sentaron en una sala reservada donde ambas partes registraron los números de serie de cada billete involucrado en la transacción, en caso de que alguno de los billetes resultara ser falso.

Sin embargo, no es totalmente claro lo que es seguro y sus opuestos (la traición, la pérdida, el fraude) quieren decir en estos casos, así como lo que significan no es lo que uno podría suponer en primera instancia. Los precios inmobiliarios han seguido aumentando, con solo breves interrupciones desde 1982. Pero la mayoría de las personas con quienes hablé, y que estaban pensando en comprarse un departamento, no se centraron en un esperado aumento del valor de la propiedad. Aunque prefieren que el valor de una propiedad suba, lo que los inversores buscaron, más que un incremento de valor, fue una inversión a largo plazo que, incluso si viera reducido su valor, no desaparecería como habían hecho sus depósitos bancarios.

Fue en este sentido que cuando le pregunté a Daniel (el analista del mercado inmobiliario) si los valores de bienes raíces no podrían caer, él se apresuró a reconocer que eventualmente sí podrían: “si me preguntás si los ladrillos te pueden traicionar en ese sentido, te diría que por supuesto podrían”. Sin embargo, me explicó, había ciertas características de los ladrillos que los hizo atractivos —y más seguros en otros aspectos— que los otros tipos de inversiones que los pequeños inversores tuvieron que elegir tras la crisis: “Ningún gobierno ha confiscado propiedades en Argentina. Confiscaron todo lo demás en distintos momentos: plazos fijos, depósitos bancarios, cuentas en el exterior. Todo lo han confiscado, pero hasta ahora en la historia de este país nunca han confiscado las propiedades”. Juan, uno de los pequeños inversores con quien hablé, reforzó esta idea de Daniel en una entrevista por separado, haciendo hincapié en la estabilidad de la propiedad sobre los beneficios económicos de la inversión: “Una casa quizás va a valer más, a veces va a valer menos, pero es tuya”. “Se trata de la presencia física de la cosa”, continuó Daniel, “la inversión inmobiliaria además de ser una inversión tradicional, ya que está en el sentido común de la gente, es comprensible, uno la puede visitar, la va a ver, la recorre y la

puede tocar”. Y así, incluso cuando la rentabilidad es bajísima, Daniel me dijo, los departamentos se venden porque se consideran el mejor refugio disponible para el dinero: “el argentino promedio considera que un depósito a plazo fijo en el Citibank de afuera o en el Citibank argentino, es más riesgoso que comprar un departamento. Incluso si la rentabilidad es mucha o es poca, el departamento está”.

Conclusión: las espacialidades de los ladrillos

¿Dónde, entonces, se pueden situar los ladrillos argentinos? O tal vez más apropiadamente, ¿cómo pueden estar situados? Los ladrillos en Argentina desafían cualquier espacialidad geográfica simple que esté basada en categorías comunes como la idea de lo global y lo local. En este sentido, no son muy diferentes de la moneda argentina o el dólar de EE. UU., que como ya he argumentado no se pueden clasificar fácilmente dentro de un esquema espacial en el que el primero sería más local y el segundo más global. En vez de este esquema, los ladrillos son especiales porque combinan una mezcla de atributos provenientes de otros espacios (como su denominación en dólares, por ejemplo), junto con una presencia concreta en Buenos Aires. Juntos, estas dos características aseguran a los compradores que los departamentos no desaparecerán de la misma forma en que lo hicieron sus ahorros bancarios con el “corralito”.

En este sentido, sugiero que cualquier tipo de idea romántica de que los bienes raíces en Argentina representan un alejamiento de las finanzas mundiales y un movimiento hacia algo más concreto y local no es muy correcto. Sin duda, la solidez de los ladrillos, su presencia concreta de hormigón, tranquiliza a las personas que fueron testigos del despojo de la riqueza de pequeños ahorros a través de los circuitos de capital financiero internacional. Pero dicha tranquilidad es solo una parte de la historia, ya que fue también la relación especial de ladrillos con el dólar que hizo que los ladrillos fueran atractivos. Lo local y lo concreto no necesariamente van de la mano, ni tampoco lo global y lo efímero. En este caso, fue en parte la relación con el dólar lo que hizo de los edificios de hormigón algo aún más concreto, que complementaba la presencia física de los mismos ladrillos.

Una geometría cartesiana de espacio en la que los puntos pueden ser ubicados en una cuadrícula similar a la de un mapa, es una forma inadecuada de entender la espacialidad de las propiedades inmobiliarias en Buenos Aires. Como bien argumenta Lefebvre, el espacio está producido, no solo en el sentido fenomenológico de las sensibilidades vinculadas a un determinado lugar, sino también a través de las estructuras económicas y políticas que forman parte de la vida cotidiana de este (Lefebvre, 1991). Los ladrillos sí son locales, pero no en el sentido cartesiano. Por el contrario, son locales en el sentido de que la red de relaciones que los ayuda a formar es el resultado de un conjunto particular de experiencias históricas y de las realidades político-económicas que fueron compartidas entre los pequeños ahorristas de las clases medias argentinas.

Los ladrillos, al igual que las monedas argentinas y los dólares, reúnen un conjunto de relaciones únicas en las prácticas de inversión en las que están situados en Buenos Aires, aun cuando los conjuntos de estas relaciones se extienden hacia otros mundos.

Referencias bibliográficas

- Blustein, Paul (2005). *And the Money Kept Rolling in (and out): Wall Street, the IMF, and the Bankrupting of Argentina*. Public Affairs, New York.
- Bores, Tato (1990). *Tato en búsqueda de la vereda del sol: monólogo 2000*. Canal 13. [En línea:] <http://www.youtube.com/watch?v=UvyeysQoYFk>. (Consultada el 6 de agosto de 2012).
- Branford, Sue y Kucinski, Bernardo (1988). *The debt squads: the us, the banks, and Latin America*. Zed Books, Atlantic Highlands.
- Chronopoulos, Themis (2011). "The neoliberal political-economic collapse of Argentina and the spatial fortification of institutions in Buenos Aires, 1998-2010". En: *City: Analysis of urban trends, culture, theory, politics, action*. Vol. 15, N.º 5, pp. 509-531.
- Comisión Especial de la Cámara de Diputados 2001 (2005). *Fuga de divisas en la Argentina: Informe final*. Siglo XXI. Editores.
- Fridman, Daniel (2010). "A new mentality for a new economy: performing the homo economicus in Argentina (1976-83)". En: *Economy and Society*, Vol. 39, N.º 2, pp. 271-302.
- Guariano, Julián (2009). "Dólar y colchonismo, el imbatible combo de ahorro argentino del que Keynes renegaba". En: *Cronista*, 17 de septiembre. [En línea:] http://www.cronista.com/contenidos/2009/09/17/noticia_0018.html. (Consultada el 4 de marzo de 2010).
- Guyer, Jane I. (2004). *Marginal gains: monetary transactions in Atlantic Africa*. University of Chicago Press, Chicago.
- Harvey, David (1990). *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Blackwell, Cambridge, MA.
- _____ (2003). *Paris, capital of modernity*. Routledge, New York.
- _____ (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford University Press, New York.
- Lefebvre, Henri (1991). *The production of space*. Trans. Donald Nicholson-Smith. Blackwell, Oxford, UK.
- Lemon, Alania (1998). "'Your eyes are green like dollars': counterfeit cash, national substance, and currency apartheid in 1990s Russia". En: *Cultural Anthropology*, Vol. 13 N.º 1, pp. 22-55.
- Marshall, Wesley C. (2008). "Foreign banks and political sovereignty: the case of Argentina". En: *Review of Political Economy*, Vol. 20, N.º 3, pp. 349-366.
- Maurer, Bill (2005). *Mutual life, limited: Islamic banking, alternative currencies, lateral reason*. Princeton University Press, Princeton.
- Pedersen, David (2002). "The storm we call dollars: determining value and belief in El Salvador and the United States". En: *Cultural Anthropology*, Vol. 17, N.º 3, pp. 431-459.
- Roddick, Jacqueline (1988). *The Dance of the Millions: Latin America and the Debt Crisis*. Latin America Bureau, London.
- Sassen, Saskia (2001). *The global city: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press, Princeton.
- Solanas, Fernando E. (dir.) (2004). *Memoria del saqueo. 120 mins*. ADR Productions, París, France.

- Soriano, Osvaldo (1989). “Vivir con la inflación”. En: *Nueva Sociedad*, Vol. 100, pp. 38-43.
- Sticco, Daniel (2011). “Los argentinos acumulan u\$s 189.000 millones en los colchones”. En: *Infobae*, 8 diciembre. [En línea:] <http://www.infobae.com/notas/621192-Los-argentinos-acumulan-us189000-millones-en-los-colchones.html>. (Consultada el 12 de abril de 2012).